

MARÍA FASCE

# LA MUJER DE ISLA NEGRA



Fasce, María  
La mujer de Isla Negra. - 1a ed. - Ciudad  
Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2015.  
256 p.; 22,5x14 cm.

ISBN 978-987-628-358-8

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.  
CDD A863

Diseño de cubierta: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición: mayo de 2015

© María Fasce, 2015

c/o Guillermo Schavelzon & Asoc., Agencia Literaria  
© de la presente edición Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 50 327 069  
Argentina  
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-358-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S.A.

Impreso en Argentina

*Para mi padre, que escuchaba boleros mientras yo escribía  
esta novela.*

*Para mi madre, siempre.*



“Tal vez llegará un día  
en que un hombre  
y una mujer, iguales  
a nosotros,  
tocarán este amor y aún tendrá fuerza  
para quemar las manos que lo toquen.  
¿Quiénes fuimos? ¿Qué importa?”

PABLO NERUDA,  
“La carta en el camino”,  
*Los versos del capitán*

“Los retazos de una vida son tan complejos  
como la imagen de una galaxia.”

MARGUERITE YOURCENAR,  
*El laberinto del mundo*



I





# 1

En la oscuridad se pueden ver mejor los detalles. Cada imagen se une a un sonido y se recorta sola y nítida en el negro y el silencio. Los pasos, por ejemplo. Nadie mira los pasos en el día, apenas se oyen. Nadie ve una mano tocar una mano, una rodilla. Las cosas importantes se pierden. Cae un bretel, un cuerpo retrocede y los besos suenan como estampidos en el negro. Las risas se confunden con la luz pero en la oscuridad asustan como relámpagos. La mujer se reía. No se reía como mi madre ni como las mujeres que yo había oído reírse, se reía más fuerte, la risa más aguda.

Se había sacado la ropa. Tenía la espalda bronceada y las nalgas grandes y un poco caídas. Pero en las piernas se le marcaban los músculos, como a las bailarinas. En la pantorrilla izquierda, una mancha oscura del tamaño de una ciruela. El vestido le rodeaba los tobillos como si estuviera en medio de un estanque en el que flotaban el sostén y los calzones, que eran de un color dorado.

Pablo no estaba desnudo. Fue hacia la ventana y oí el ruido de una silla: se había sentado para sacarse los zapatos y la ropa, y ahora iba hacia la cama. Los pelos del pecho le trepaban por los hombros y seguían en dos franjas en la espalda.

—Date vuelta —volvió a reírse ella. Estaba en la cama, un triángulo negro entre las piernas.

—¿De qué te ríes? —dijo Pablo.

—Tienes el cuerpo de un bebé: las nalgas chiquitas y hundidas, la cabeza enorme.

La mujer seguía riéndose pero Pablo se tendió sobre ella y le tapó la risa. Tiró de la sábana y cubrió el cuerpo de los dos.

Ahora yo sólo oía resoplidos parecidos a los de un animal, y un poco después, los gritos sordos de la mujer, como si él la estuviera lastimando. Un aullido ahogado, y después nada. Contuve la respiración con miedo de mover las perchas con la ropa. Recién entonces me di cuenta del perfume. Un perfume a jazmín.

Por un momento me pregunté si la mujer se habría muerto. Entonces la vi sacar la cabeza y los brazos fuera de las sábanas. Él la imitó. Se quedaron quietos, mirando el techo.

Ella se levantó y se agachó junto al vestido. La caballera roja y los grandes pechos le tocaron las rodillas. Se puso los calzones y el sostén, y el cuerpo recuperó su forma de pera.

Pablo dio una palmada en la almohada y ella fue hacia él. Volvió a acostarse y se quedaron dormidos.

Eso fue al tercer día en Isla Negra, a la hora de la siesta. Subí a acomodar el cuarto de Pablo y oí las risas en la escalera. El ropero estaba abierto, había espacio suficiente para mi cuerpo, y me encerré. Las puertas tenían un sistema de persianas inclinadas, y podía ver sin ser vista.

El vestido seguía en el suelo. Los ronquidos de Pablo se mezclaban con el tic tac del reloj sobre la mesa de luz. La mujer no roncaba, pero el cuerpo subía y bajaba acompasadamente bajo la sábana.

Abrí con cuidado la puerta del ropero y salí. Me alcanzó el olor como una ráfaga: un olor dulzón y pegajoso, desconocido.

Fui a mi habitación y me quedé mirando por la ventana. Al rato salió Pablo con la mujer por la parte de atrás de la casa. Iban hacia los árboles.

Entré en la cocina a lavarme las manos. Había estado juntando ramas en el bosque. También hojas de pino: Pablo las esparcía sobre el pescado, decía que le daban un sabor especial.

Mamá estaba de espaldas, encorvada sobre el fregadero, con el pelo recogido en la nuca. No me oyó llegar por el ruido del agua que corría. Los dedos rojos luchaban con las sábanas. Eran las sábanas blancas que ayer habíamos puesto en la cama de Pablo. ¿Lloraba? No, mi madre nunca lloraba.

Dejé el canasto con las ramas bajo la ventana y di la vuelta a la casa.

Me senté en uno de los mascarones de proa y me quedé ahí un rato largo, agarrada de las tetas puntiagudas de las sirenas de madera. ¿Cuándo crecerían las mías? Ya tenía doce años y eran dos piedritas que apenas se notaban.